

eterna. Cuando no hubiese más que uno predestinado, ese serías tú si obraras bien; y cuando no hubiese más que uno reprobado, también lo serías obrando mal. Confíemos pues, amados míos, en la misericordia de Dios, que es el autor de nuestra salvación; pero apliquemos nuestra voluntad á la suya, pues, según sentencia de Agustino, el que nos crió sin nosotros no nos salvará sin nosotros.

¡Oh Dios mio! ¿cuándo gozaré con seguridad de vuestra vista y posesion y se acabarán estos temores que me traen turbado y afligido? No dudo que vos queréis que me salve, pues este ha sido el fin de mi creacion; pero mis fuerzas son débiles si vos no les dais firmeza con vuestra gracia. Limpiad mi corazón, dirigid mis intenciones, rectificad mis afectos y haced que os sirva dignamente en esta vida, que es el medio para veros en la otra.

DIVISIONES.

PREDESTINACION.—Los pecadores dan señales de su predestinacion cuando vuelven á levantarse con ventaja.

Los penitentes dan señales de su predestinacion cuando satisfacen con humildad.

Los justos dan señales de su predestinacion cuando perseveran con amor.

PREDESTINACION.—El buen uso que hacemos de nuestra fe es la señal más visible de nuestra predestinacion.

La fidelidad que guardamos en nuestro estado es la mayor seguridad de nuestra salvacion.

La abundancia de nuestras buenas obras es el más seguro presagio de nuestro galardón.

PREDESTINADOS.—Se conoce á los cristianos que son predestinados por la docilidad con que se dejan guiar.

Se conoce á los cristianos que son predestinados por su paciencia cuando son inmolados.

PREDESTINADOS.—Lo son aquellos que rompen la union que tienen con las criaturas cuando es contraria á la union que deben tener con su cabeza.

Lo son aquellos á quienes Jesucristo da las señales mas visibles de su proteccion paternal.

Lo son aquellos que no sucumben á la violencia de sus enemigos cuando estos pretenden separarlos de aquel que los protege.

PREDESTINADOS; véase: ESCOGIDOS.

PREDICACION; véase: PALABRA DE DIOS.

PREDICADOR

(SUS OBRAS NO PUEDEN PERJUDICAR A SU DOCTRINA.)

Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis servate et facite.

Los escribas y fariseos están sentados en la cathedra de Moisés. Practicad, pues, y haced lo que os dijeren; pero no arreglés vuestra conducta por la suya.

(MATT. XXIII, 2 y 3.)

¡En qué diferentes estados, Dios mio, se ofrece hoy á mi vista vuestra magestad adorable! ; Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imágen que me recuerda vuestras ignominias! Yo no sé ciertamente á donde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, páreceme que veo salir los rayos de vuestra magestad, cuyo brillo me deslumbra; si á esa figura lastimosa, apenas alcanza mi fe á persuadirme de vuestra divinidad, viéndola tan abatida. Aquét me llena de confianza, porque ¿qué no debo esperar de un Dios, que determina unirse tan estrechamente conmigo, que me alimenta con la sustancia de su divinidad? Esta me llena de terror y sobresalto, porque estando cargado de pecados propios, ¿qué no deberé temer de aquella justicia inexorable que con tanto rigor castigó los ajenos en su inocente Hijo? El primero, como que

fomenta mi soberbia, recordándome la elevada potestad de sus ministros, que sin duda alguna es mayor que la de los emperadores, mayor que la de todos los ángeles, mayor, si me es permitido decirlo, que la de vuestra misma Madre: la segunda reprime mi orgullo, me confunde, me aterra con la consideración de las penas que merezco por mis delitos, tanto más enormes, cuanto mayor es la sanidad de mi ministerio.

Ministerio terrible! ministerio que siendo una continuación del de Jesucristo, requiere una sanidad semejante á la suya! Pero ¡ay! una triste experiencia demuestra que la excelencia de este ministerio sacerdotal ni destruye la naturaleza, ni disminuye las pasiones del hombre, y que en él, aunque sea llamado el sacerdote á un estado de perfección, no siempre corresponde, ántes por desgracia no fallan algunos que, olvidados de sus deberes, enseñan, predicán, exhortan á los fieles, á imitación de los soberbios y supersticiosos fariseos, al cumplimiento de las obligaciones cristianas, que olvidan, desprecian y violan ellos mismos, como si no estuvieran sujetos á las mismas leyes. ¡Fatal y lamentable escándalo! Pero escándalo, que aunque promueva, no autoriza ni excusa los pecados de los simples fieles, como nos lo enseña Jesucristo en el Evangelio de este día. Aunque nuestros sacerdotes sean tan criminales como los escribas, no por eso hemos de despreciar, ni ménos reprobar su doctrina, ántes bien debemos separarla de sus obras, si queremos conocer que éstas pueden ser propias del hombre, cuando aquélla debe mirarse siempre como del mismo Dios.

Esta lección del divino Maestro pienso yo repetiros hoy, sin que sea mi designio hacer mi apología ni la del clero. Penetrado de un amargo dolor, supongo que los sacerdotes somos defectuosos, que acaso seremos criminales, y aunque por la misericordia de Dios no tanto como propala una insolente maledicencia, pero la muy suficiente, al ménos por mi parte, para abrigar con fundamento los temores que agitaban al Apóstol (I ad cor. c. ix, 27) de ser juzgado por Dios indigno de premio, despues de haber enseñado á otros el camino de la salud. Defiendo solo nuestra doctrina, ó por mejor decir, la vuestra, sapientísimo y divino Maestro; dé quien espero las luces, la energía y la gracia que exigen la gloria de vuestro nombre y el interés de vuestra Religión. Así lo espera y os lo ruega mi auditorio, que os presenta sus súplicas por conducto de vuestra Madre amantísima. A. M.

1. En todos tiempos y países se ha considerado á los sacerdotes,

como el órgano destinado por los dioses para manifestar á los mortales su voluntad. De aquí la veneración y respeto que les han tributado los pueblos, y la determinación de constituirlos en varias naciones jueces árabitos de todos los negocios de importancia. Los etíopes, los egipcios, los atenienses, los germanos, los francos, los descendientes de Rómulo, todos hacían el mayor aprecio y estimación de sus sacerdotes; en un todo parecían estar pendientes de sus labios; tan solo en ellos creían hallarse depositada la verdad y la sabiduría, y obedecían ciegamente sus palabras, considerándolas como palabras de los dioses. Los sacerdotes eran por lo común los que dictaban leyes á los pueblos: los sacerdotes juzgaban en todas las causas de alguna gravedad: los sacerdotes daban la investidura, y deponían á los cónsules y á los reyes. A tal extremo llegó en algunas partes la sumisión y deferencia á los sacerdotes, que con solo decir uno de ellos, aunque fuera al rey, que no era la voluntad de los dioses que viviera, al punto se condenaba el mismo á la muerte, queriendo más, dice un historiador, morir obedeciendo al sacerdote, que vivir negándose á creer en sus palabras. Esta persuasión parece una máxima universal grabada en el corazón del hombre por el autor de la naturaleza. Por ella traslucían en el sacerdote una excelente cualidad que le hacía muy superior á todos los demás hombres; veían un no sé qué de divino, que debía resultar de su frecuente comunicación con los dioses, por lo que tenían por infalibles todas sus resoluciones. Por eso el filósofo Platon juzgó que no podría ser perfecta su república, si no se vinculaba al sacerdocio la suprema potestad; y el grande Alejandro, habiéndole preguntado un privado suyo la razón de por qué había dispensado tantos honores y gracias al sumo sacerdote, contra quien venía tan irritado, le respondió: *non hunc adoravi, sed Deum, cujus sacerdotio fungitur*: lo he hecho precisamente por respeto al Dios, de quien es ministro.

Este concepto tenían formado de sus sacerdotes los idólatras, que engañados por sus mismos ardidés, se persuadían á que eran los conductos de que se valían los ídolos para hablarles, descubrir sus pensamientos y manifestar su voluntad excesa. Los cristianos, que sabemos y confesamos sin el menor recelo, que el único verdadero Dios ha constituido en la Iglesia sus ministros, para que promulguen su ley, hagan saber su divina voluntad y enseñen á los demás el modo de adorarle, servirle, merecer y gozar eternamente de su presencia; los cristianos, que conocemos y estamos bien persuadidos de que Jesucristo es quien habla por boca de sus sacerdotes, que les ha prometido su compañía y asistencia hasta la consumación de los si-

glos, para que en ningún tiempo salga de sus lábios doctrina que no vaya marcada con el sello de la verdad (MATT. c. xxviii. 20); los cristianos, para quienes es una verdad inconcusa, que oyendo á los sacerdotes, oímos al mismo Jesucristo, y que despreciamos á Jesucristo, cuando despreciamos las instrucciones que ellos, como ministros suyos, nos dan (LUC. c. x. 16); los cristianos, á quienes repetidas veces dice el Apóstol, que la doctrina de los sacerdotes es la del mismo Dios, y que como tal, y no como palabras humanas, hemos de recibirla y apreciarla; los cristianos, que creemos firmemente estas verdades; ¿qué juicio deberemos formar de nuestros sacerdotes?

No es mi ánimo formar una disertación propia de las aulas en que, valiéndome de los repetidos testimonios de la Escritura sagrada, de los Concilios y de los santos Padres, demuestre la verdad de la revelación, ni la autoridad de la Iglesia católica, para decidir las cuestiones pertenecientes al dogma y á la moral; esto parecería indicar que recelo de la sinceridad de vuestra creencia. Tampoco trato de persuadirlos, que la doctrina que recibimos de los sacerdotes es la misma que han enseñado Jesucristo y sus apóstoles: semejante intento sería suponer demasiado escasos de instrucción en la historia principal de nuestra religion sacrosanta. Consultense todos los siglos, todas las Iglesias, todos los pastores, no hallaremos alteración alguna sustancial entre las verdades que nos enseñan y las virtudes que nos recomiendan. Si alguno por desgracia declina de esta trillada senda, en la misma separación, tan solo en la novedad, descubre ó manifiesta las señales del error. El que de tal modo se condujere, no enseñaría al pueblo cristiano desde la cátedra del Espíritu santo, sino desde el lugar de la herejía y de la pestilencia. No; y los sacerdotes de Jesucristo no aspiran al dominio despótico que ejercen sobre los pueblos los sacerdotes idólatras, no dictan leyes, no se suponen con derecho á disponer de la vida de los fieles, ni á distribuir á su arbitrio los cetros y coronas. Pero se creen autorizados para enseñar por todo el universo las verdades y misterios, á cuya creencia se hallan obligados todos los hombres, y las virtudes que no pueden menos de practicar, si aspiran á una felicidad verdadera. Este derecho les compete por su misión; y cualquiera que en estos asuntos pretenda negarles el asenso, positivamente desobedece al Señor que los ha enviado con este objeto. Por eso decía Dios á los hebreos por Moisés (DEUT. c. xvii. 9, 10, 11, et 12), que en las dudas de consideración consultaran al sacerdote, cuya respuesta debían tener por una verdad infalible, y considerarla como sentencia definitiva; que de ella no había apelación; que con ella debían aquietarse; en fin, que no se apartaran,

ni dieran un solo paso á la izquierda ni á la derecha del camino que aquél les mostrase. Que si alguno tenía la insolencia de resistir al imperio del sacerdote, fuera castigado de muerte, para que á su vista temiera lo restante del pueblo, ninguno se dejara dominar de la soberbia y se arrancara de raíz el mal del pueblo de Israel. Cuasi en las mismas palabras y con la misma pena lo tenía ya decretado en el Exodo. Honra, teme á tu Dios, dice tres veces á su hijo en un mismo capítulo el Eclesiástico, y reverencia y obedece á sus sacerdotes (ECCLE. c. vii. 51, 52, et 53).

Acaso parecerá extraño que Dios inculque tan repetidas veces este precepto, y ordene un castigo tan severo contra sus infractores; pero ¿quién duda que el desprecio y ofensa que se hace al ministro ó embajador de algun soberano, se dirige, se refiere en el soberano mismo á quien representa? Y aunque hubiera alguno que padiera dudar una cosa tan manifiesta, el mismo Dios asegura por el profeta Zacarías (ZACAR. c. u. 8), que se le hiere á él en la pupila del ojo con solo tocar á uno de sus sacerdotes. Y Jesucristo dice expresamente en el Evangelio á los apóstoles, y en su persona á todos sus sucesores en el sacerdocio (según indiqué antes): *el que á vosotros oye á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, me desprecia á mí y á mi eterno Padre que me ha enviado*. De esta autoridad creo inferir con algun fundamento, que así como el eterno Padre envió á su Hijo, así ha enviado éste á sus sacerdotes por maestros de los demás hombres; y que del mismo modo que la doctrina que enseñaba y predicaba Jesucristo, no era suya sino del Padre que le había enviado, así la que predicaban los sacerdotes, no es de los sacerdotes, sino de Jesucristo, de quien tienen la misión. Este divino fundador de la Iglesia ya dejó señalados quienes eran los que debían enseñar á los otros, destruyendo con esta determinación las falsas sentencias de aquellos, que habian de enseñar un día que á todos y cada uno de los fieles compete ó es permitido entender á su modo las verdades de la Religion. Estaba bien persuadido de que un cuerpo que todo fuera ojos, sería en monstruo de poca utilidad que acaso podría ocasionar muchos perjuicios; que indefectiblemente reinaria una entera confusión, un completo trastorno en la sociedad, en que todos estuviesen autorizados para mandar y ninguno tuviera obligación de obedecer, del mismo modo que en el cuerpo, en que todos los miembros quisieran dirigir y ninguno recibir las impresiones del principal. Los delirios, los absurdos, las contradicciones que se vieron practicados á admitir los herejes, apenas adoptaron esta soberbia y detestable máxima, son la más evidente prueba de lo que Jesucristo predijo.

2. Ciertamente á ningún hombre sensato puede ocurrir duda alguna en este asunto; mas si se ofreciera, sólo necesitaríamos para desvanecerla, echar mano del Evangelio de Jesucristo en este día. ¿Cómo hemos de creer, dicen algunos, más bien incitarlos por la perversidad de su corazón que por las dudas de su entendimiento, cómo hemos de creer y prestar obediencia á lo que exigen de nosotros los sacerdotes, si ellos mismos patentizan en sus obras la falsedad de su doctrina? si no practican lo que mandan practicar á los demás? *dicunt et non faciunt*. ¿Cómo han de persuadirnos que es divina, y por tanto obligatoria, la ley que predicán, siendo ellos los primeros, los más constantes, los más obstinados en violarla? Si no creen sus propias palabras, ¿cómo pretenden que las creamos nosotros? Y si efectivamente asienten á lo que dicen, ¿cómo conciliar la monstruosa contradicción entre la doctrina y las costumbres de todos ó la mayor parte de ellos?

Vuelvo á decir, que no es mi ánimo por ahora hacer la apología de nuestros sacerdotes. Aunque lo resista la piedad cristiana, quiero suponer ciertos todos los excesos que se les atribuyen; y me abstendré además de criticar la conducta de los que con tanto encarnizamiento se ocupan en difundir entre los fieles semejantes ideas. Supongo más bien, que no hallando cosa que reformar en sus costumbres, los incita á procurar la reforma de las nuestras en fervor de su caridad, semejante ó tal vez superior á la del Apóstol; que el celo de la honra del Señor les arranque una confesion, por medio de la cual, dándose toda la publicidad posible á nuestros desórdenes, conseguirán avergonzarnos y decidimos á variar de conducta. Yo, en nombre de todos los ministros del Señor, no puedo menos de agradecer su buena intencion; y en recompensa les daré este consejo, á fin de que su celo sea más elíciz y el fruto más seguro: *obedeceat ei sacerdote que os exhorta á que busqueis en el Evangelio de Jesucristo el orden y método con que debéis advertir á vuestro hermano sus defectos, si quereis ganarle para Dios*.

Nada importa que el sacerdote no acomode su conducta á lo que os enseña. Es doctrina de Jesucristo y de su Iglesia ¿recibe por ventura su verdad de los labios del sacerdote que la anuncia? La que éste predica, es la palabra de Dios, que aunque se comunique por el órgano del mismo Lucifer, no dejará de ser verdadera. El pecador más endurecido, el hereje más obstinado, el impío más incrédulo, pueden efectivamente dar al hombre por medio de los sacramentos, la gracia, las virtudes y aún la gloria, porque aquéllos no reciben su virtud de la disposición del ministro que los confiere, sino de Je-

sucristo, que los ha instituido. Del mismo modo la divina palabra no perderá el carácter de divina, por ser un hombre quien la profiere; no dejará de ser santa, porque salga de una boca pecadora; será siempre una verdad infalible, por más que la desmienta con sus obras el que la publica. ¿Qué boca más detestable, qué labios más impuros que los del pontífice Caifás? Y sin embargo, cuando estaba proyectando el más enorme de todos los crímenes, hablaba en nombre del Señor, porque hablaba todavía como sacerdote. Jesucristo veía mejor que nosotros la hipocresía, la superstición, la soberbia, el odio, todos los vicios de que eran esclavos los doctores de la ley Mosaica, y á pesar de eso, exhorta y manda expresamente á los judíos, que detestando sus obras, obedezcan sin réplica las leyes que les dicten desde la Cátedra de la verdad. Continuando la suposicion hecha anteriormente, digo, que tal vez seremos más criminales que ellos los sacerdotes de la nueva ley; pero es indudable que ejerceremos un ministerio más elevado, ocupamos una Cátedra no ménos santa, habíamos á nombre de un Dios, que por su misma boca nos ha declarado su voluntad y promulgado su ley. No se dirá con razon que como los orgullosos fariseos imponemos al pueblo preceptos duros, cargas insoportables de que tratamos de excluirnos nosotros. La ley es una para todos; aún es más severa para los sacerdotes. No tratamos de eludir su cumplimiento con interpretaciones arbitrarias; no disimulamos la ley que condena nuestros desórdenes. Ningun sacerdote por muy avaro que se le suponga, ha dicho ni dirá jamás desde la sagrada Cátedra, que la avaricia es una virtud ó que no es un vicio detestable. Ninguno, por más que tenga la desgracia de sucumbir á la vergonzosa pasion de la lujuria, dejará de condenar este vicio brutal, como indigno del hombre, como repugnante á su naturaleza. Ninguno, aunque sea el más indolente, preconizará una vez siquiera la pereza como verdadera virtud. Lo mismo digo de los demás vicios, que sería superfluo enumerar, pues los indicados son suficientes á manifestar la sinceridad con que condenamos en público las mismas obras en que nos ejercitamos, que es una prueba inequívoca de la verdad de nuestras palabras y de la divinidad de nuestra doctrina.

¡Infeliz, mil y mil veces desdichado, el que con cualquier pretexto desprecia ó se resiste á creer la doctrina que el Dios omnipotente le comunica por nuestros labios! ¡Desventurado el que no reciba los documentos de los ministros, destinados por el Señor para enseñar á los hombres su divina ley! Seguro es, dice Jesucristo (Luc. c. xvi, 31), que no cederá á la evidencia de los milagros; aunque resucitaran los muertos para desengañarle, no admitiría el desengaño. Y

¿cómo podría excusarse este miserable, en el tribunal de la divina justicia, con el ejemplo que el sacerdote le dió en su conducta pecaminosa? Confieso de buena fé, que serian más eficaces las exhortaciones á la virtud, si nuestras obras fueran en todo conformes á nuestras palabras; que este es nuestro deber, puesto que nos llama Dios á un estado de mayor perfeccion, y que por eso mismo seremos altamente responsables al Juez supremo de los escándalos con que inutilizamos muchas veces el fruto de la predicacion; pero, repito, que nada de esto puede disculpar á los simples fieles que se entregan á los desórdenes. El sacerdote podrá descubrir en sus obras que es, como todos los demás hombres, hijo de un pecador; mas en su doctrina se conduce como un ministro del Dios de la verdad. Sus obras podrán ser obras de muerte; pero sus palabras son palabras de vida eterna. Sus obras podrán ser motivo de escándalo; pero su voz en la sagrada Cátedra se dirigirá exclusivamente á la edificacion de los fieles. En este lugar santo harán ver cuán detestables y dignas de execracion son sus propias acciones, á nadie llamarán á la imitacion de sus extravíos; dirán, sí, á todos, fundados en las palabras del Evangelio: vivid como yo os mando, no como yo vivo: mis obras son mías, mis preceptos, mi doctrina, mis exhortaciones son de Dios. El pecado no deja de serlo, porque yo le cometa, y aunque todos los ángeles del cielo vinieran á enseñarnos lo contrario, no deberiais creerles.

Las culpas, pues de los sacerdotes no deben impedir que los fieles reciban con sumision y docilidad sus instrucciones. Así lo hacen los que procuran imitar á su divino Maestro. Estos, echando un denso velo sobre los pecados ajenos, ó recordándolos solo para llorarlos, se persuaden de que en los lábios del sacerdote reside la verdad y la sabiduría; que por sus palabras se manifiestan los preceptos de la ley y que por su boca les habla el Dios omnipotente, absoluto dueño de todas sus potencias y talentos. El soberbio, por el contrario, aunque sea un prodigio de virtud el que le habla, se resiste á dar asenso á sus expresiones, sin examinarlas primero con sus luces ó con sus deseos, se vale de cualquier pretexto para desecharlas, para imponerlas, y aún para profetizar contra ellas mil dieterios, por más que se le asegure ser palabras de su Dios.

Alejad, Señor, de nosotros el espíritu de la soberbia. Ya que tanto os habeis humillado por nuestro amor, como lo manifiestan ese adorable sacramento y ese madero infame, hacédnos humildes y mansos de corazón: infundid á vuestros sacerdotes los auxilios sobrenatura-

les que necesitan, para desempeñar dignamente los altos deberes de su ministerio, y á los fieles la docilidad indispensable para que se dejen dirigir por el camino de vuestros mandamientos. De este modo se persuadirán los cristianos de que no es un pecador, como yo, el que les habla, sino vos mismo, que sois el Santo de los santos, el Dios de la santidad, el Unigénito del eterno Padre, el que les dice por tantas bocas cuantas son las heridas que abrieron en vuestro cuerpo sacratísimo los azotes, que vos habeis sido quien ha instituido en la Iglesia los sacerdotes, para que promulguen vuestra ley y les declaren vuestra voluntad; y despreciando la conducta escandalosa de éstos, obedecerán sus exhortaciones y se encaminarán por la senda que ellos les describen, al término feliz de la bienaventuranza. Amen.

PREMIOS (*Distribucion de*); véase: ESCUELAS.

Prensa.

(LA LICENCIOSA É IMPIA)

Contulerunt libros, et combusserunt.
Hicieron un monton de sus libros, y los quemaron.

(ACT. xix, 19.)

La mision de la prensa, así como la mision de la palabra y de la escritura, debiera servir para la propagacion de la verdad; como les dijo el Señor á sus discípulos: *Euntes ergo, docete omnes gentes*: id con la celeridad del relámpago á llevar la verdad á todas las regiones de la tierra. Mision sublime, que tenia por objeto la union de las inteligencias, formar un pueblo de hermanos unidos en una caridad divina de todos los pueblos; mas el espíritu del mal consideró qué partido sacar de este medio propagador. Este espíritu maligno la dirigió tambien estas mismas palabras: *Euntes ergo, docete omnes gentes*: sírveme y lleva el error á todos los ángulos del globo; y la prensa ha sido tan dócil, que ha cumplido exactamente con esta mi-

sion devastadora y de ruina. Hé aquí, hermanos míos, los males de que nos es preciso hoy ocuparnos. Voy á demostraros los males que ocasiona la prensa y su remedio. Pidamos antes la gracia: A. M.

1. Al hablar de los males causados por la prensa nos limitamos sobre todo á nuestra época, comprensiva á un siglo anterior á nosotros, dando sin embargo un golpe de vista, aunque rápido, sobre los que han precedido. Hace ya cien años se oyó un grito lúgubre, y en nuestros días se oye otro grito pestilencial, que celebra la destrucción y la ruina extendidas por todas partes. El grito primero anunciaba su principio, y el segundo la victoria funesta. Aquel que primero pronunció la palabra, se le llama y se le ha llamado siempre filósofo, no obstante que no era digno de tal nombre; y al que ha dicho la última, yo no sé cómo llamarle. El primer grito que se oía en el mundo decia: aniquilemos y destruyamos al infame; y hubo quienes con criminales voces repetían lo mismo que gritaba la impiedad. Decía el segundo: Dios es el mal; y de ellos y por ellos se vieron por todas partes acumuladas la relajación y la ruina.

Me concentro, hermanos míos, á esta última expresión: Dios es el mal. Aquel que la dijo, sabe cuánto hay de verdad desesperada en tan infernal expresión. Es lógica; ciertamente es la conclusion de los tristes años que la han precedido. Si; este hombre dijo bien, y yo, como él, lo repito de lo alto de esta cátedra en esta época desventurada: Dios, ¿es el mal que ha sido enseñado, cantado, preconizado y adorado? ¡El mal! ¡Dios es el mal! ¡A quién han consagrado los altares, han ofrecido culto y sacrificios? ¡Al mal! Dios es el mal; y el mal está en el placer, en la independencia, en la sociedad y en todo país. Por otra parte; ¿quién ha sido desterrado, despreciado, condenado y maltratado de todos modos? Es Dios, en las familias y en las instituciones sociales. No hay gloria tan necesaria, fiesta tan sagrada ni institución tan sólida que no hayan sido atacadas, lo mismo que, bajo cualquier nombre que sea, la autoridad temporal, y siempre es Dios á quien atacan, en lugar de atacar y oponerse al mal. Hé ahí las ruinas lúgubres que pondremos á vuestra vista. ¿Y qué vemos como consecuencia de estas doctrinas? La Europa ha entrado en el período y era de revoluciones; ¿cuándo saldrá de ellas? Sus hermosas provincias han sido regadas con rios de sangre: en medio de una fiebre industrial jamás más violenta, y en que se preconizan los grandes sentimientos de humanidad y filantropía, se ve un pauperismo espantoso que desgarrá de más en más las entrañas de la sociedad. Hé aquí cual es nuestra época; y seguramente debía ser así. Cuando

el mal está en las ideas, y la ruina en las doctrinas, necesario es que se vea en los hechos. Está marcada la prensa con caracteres inocentes, en apariencia. ¡Ay! no; lo está con sangre, en las ruinas y revoluciones de los pueblos.

¡Ah, hermanos míos! si nuestro ojo fuere sencillo, nuestro cuerpo estará iluminado; y si lo que debe ser luz en nosotros, es tinieblas, como dijo Jesucristo, siempre estaremos en ellas. Entiendo el bien general, y la verdad que aún se conserva y domina en un pueblo, á pesar de que clandestinamente se ataca la verdad por las malas doctrinas que se propalan en muchos libros, que circulan de mano en mano; y si estos libros, que corren pública y ostensiblemente en el país, son leídos por el artesano como por el magistrado, y en la cabaña como en los palacios, indudablemente se ofuscan los entendimientos, los corazones se corrompen, las buenas costumbres se alteran y pervierten, y con facilidad caeremos al último grado de decadencia. Me pongo delante de vosotros, hermanos míos, si puedo hablar así, como procurador del país, señalando y presentando á vuestra razón y rectitud de justicia este crimen de la prensa impía y licenciosa, crimen que puede llamarse de lesa-nación; aún no es bastante: crimen de lesa-humanidad, y dotado de un poder inmenso.

¿Quién puede detener los desastres de la prensa impía cubierta del triste poder de perpetuidad? Hay hombres que hace ya diez y nueve siglos han presentado á la humanidad una copa emponzoñada, y esta copa mortal los mismos hombres la han pasado de mano en mano y de generacion en generacion. Y ¿cuándo cesará este desastre, la ruina y destrucción? Aún iré más lejos, hermanos míos, y si me es posible os pondré á la vista el crimen de los autores impíos con lo que tiene de enormidad, y como jueces imparciales, vereis y decidiréis si hay en ellos alguna circunstancia que pueda serles indulgentes.

Si en este delito no halláramos cosa que le agrave, acaso halláramos alguna excusa; mas es un crimen cuyos efectos y funestas consecuencias se han previsto. Estos hombres han meditado su obra muy anticipadamente, y algunos dijeron terminantemente: «estamos cansados de oír que doce hombres solos establecieron la Religion católica» y demostraremos que uno solo basta para aniquilarla: otro continuaba: «yo soy un gran destructor, y dejo á mis sucesores los instrumentos de ruina.» Su discípulo, contemplando los horrores de la revolucion, decia: «él es quien lo ha hecho todo, y aunque no vió cuanto hizo, nosotros vemos su obra y cuanto ha hecho.» Otro decia: «muy pronto se resolverán con terrible y dura realidad todas esas ideas y doctrinas.» Ved ahí, pues, estos hombres que contemplan como su ma-

yor felicidad, que no puede venir sino del abismo del infierno, la ruina y aniquilamiento que ellos mismos acumulan. En el espectáculo del atroz incendio de Roma, en el que se complacía el emperador Nerón, apenas se encuentran palabras para expresar el horror de tanta inhumanidad; y ¿qué es ese crimen comparándole con el de estos hombres impíos, que no solo incendian una ciudad, destruyen un pueblo, sino que comprende y abraza todo el género humano al través de los siglos?

Hay más; no solo este crimen está previsto, sino también meditado y reflexionado con madurez. Estos hombres dijeron: preciso nos es perseguir: veamos la historia de las persecuciones; y leen la de los primeros mártires. Los procónsules y emperadores engañados, no hicieron otra cosa que aumentar el cristianismo derramando la sangre de los cristianos. *Sapienter opprimamus eum* (Exo. 1, 10); conviene ser más prudentes, y sustituir á la persecucion del tormento y del acero, la persecucion de libros y doctrinas; cuyos efectos serán tanto más seguros, cuanto sus medios de propagarse no se percibirán tanto: sustituyamos al acero y tormento el sofisma, y luego vereis sus resultados. Y ¿de qué modo han obrado? Demostraré esta prudencia y sabiduría del infierno. Han principiado abrigándose bajo la principal gloria de la verdad y doctrina católica, á la que con homenajes simulados y fingidos han mutilado, diciendo al mismo tiempo: nada más hermoso, ni nada más grande que el cristianismo; es el primero que se ha lanzado en la senda de la verdad, y el que vemos como el principio de los siglos: ha hecho su tiempo; como quien, dice: hasta aquí llegó; ahora nosotros, inclinándonos delante de él levantaremos la cabeza y ocuparemos la supremacía que tiene en el mundo: *Sapienter opprimamus eum*. Procedamos alterando las cosas, y sepamos mezclar el error con la verdad: ataquemos; mas con un plan bien combinado. No ataquemos la religion en sí misma, sino en sus ministros y los defectos que tengan á la faz del público: procuremos confundir la religion y el ministro que la predica y enseña: hagamos ver los abusos, y que éstos son la ley y la regla. Así nos fortaleceremos más que atacando en sí misma la religion. Ved aquí cómo estos hombres malos se han conducido desde su origen, y cuya conducta siempre es la misma. ¡Ay, hermanos míos! bien podríamos decir con san Hilario, cuando hablaba de los herejes de su tiempo: «Renovad los tormentos y los cadalsos, y pesad esta persecucion tan triste y tan cruelmente astuta, que, lisonjeando, mata.»

Ahí está su crimen diabólico; pero es indispensable oírlos: ¿y qué podrán decir en su defensa? Dicen: «con esta prensa impia y la li-

bertad que disputamos, nosotros no atacamos la ley.» ¡No atacáis la ley! Desde lo alto de este púlpito os digo que mentís, y os doy en cara con vuestra insensatez. ¿No estamos en un terreno movable de opiniones humanas? ¡Ah! ¡Y no atacáis la ley! ¿No hay, pues, la divina y eterna ley, superior á toda otra ley, y contra la cual jamás puede suscribirse? ¡No atacáis la ley! Ella es la que os condena, porque es eterna, habla siempre que otros callan, y cuando perecen otros. ¡No atacáis la ley! Mas destruis toda la moral, confundís la virtud con el defecto, convertís los deberes en problemas, y la opinion de los hombres en principios. ¡Y no atacáis la ley, cuando á la justicia con que obramos la llamais venganza, al celo de la verdad decis intolerancia, y á vuestra indiferencia la nombráis imparcialidad! Siempre que se trata de las obligaciones, quereis aparentar moderacion, y no la conocéis cuando se trata de placeres y deleites.

De cuanto hay sobre la tierra habeis hecho una opinion; y así, para vosotros, el juramento, la blasfemia, la autoridad y la propiedad son una opinion; ante la cual todo el mundo se ha alarmado y está dispuesto á removerse. ¡Y es así! Siempre que se toca nuestro egoismo (es verdad, sus derechos son sagrados) sabe removerse y mostrarse fuerte y poderoso. Permitidme carísimos, lamentar este desorden. Cuando á solo Dios se ataca, y no hay sino la moral que se persigue, en general, permanecemos pacíficos, ícómo si haciendo la guerra á Dios, y atacando su moral, no se atacaran vuestros derechos! ¡Quereis pues ver todas las conclusiones que se tocan muy de cerca unas á otras, hasta que al fin se llega al desquicio que indispensablemente se ingiere en vuestras familias, en vuestros intereses y en vuestro alrededor?

Ved ahí el crimen de tales hombres, que todavía dirán: cuando atacamos la religion, nosotros no atacamos la sociedad. ¡Ay, hermanos míos! ¿Puede haber, y lo repito, puede haber jamás sociedad sin religion? Es así como pensaba Lacedemonia, cuando en medio de sus solemnes audiencias proscribia al pueblo reunido las poesías de Arquíloco como capaces de preparar su ruina? Si; atacáis la sociedad. ¿No es así cómo se explica la ruina de Roma, que siendo tan fuerte y poderosa contra los enemigos exteriores, se halló tan débil contra los novadores y los sofistas de aquel tiempo? El Capitolio, minado hasta los fundamentos por el ateísmo impune, cayó por sí mismo; y como esa gran ciudad no supo dominarse á sí misma, se vió desaparecer la señora de las naciones. ¡No atacáis la sociedad! Mas ¿no habeis leído estas palabras tan célebres y tristes al mismo tiempo, dichas por un rey desgraciado, quien visitando la Biblioteca

real de París, y apercibiendo las obras de dos escritores cuyas doctrinas tanto se preconizaban entónces, exclamó: «He ahí los que han perdido mi reino?» Napoleón dijo: «Yo, ni nadie, es capaz de gobernar á hombres que lean estos libros.» Se opuso al grave mal, que por segunda vez amenazaba inundar toda la Francia; y durante el imperio, prohibió muy severamente el imprimir las obras á que aludo aquí, prohibicion que fué respetada. ¡Cómo, despues de esto, decir: nosotros no atacamos el país! En fin, dirán aún estos hombres: tenemos la libertad de escribir, y no pueden oponerse á que usemos de ella. ¡Ah! ¿Teneis la libertad? Pero tambien tenemos nosotros la nuestra. ¿Qué es la libertad en su verdadera acepcion? Respetar los derechos de los otros; y me parece que tenemos derecho de no ser inundados por vuestros torrentes devastadores é impetuosos, ni á ser emponzoñados con el fósigo que nos presentais, y tenemos siempre derecho de defendernos para no caer bajo el hierro mortal que teneis en vuestra mano. ¿Teneis la libertad de escribir, y quereis tambien la del pensar y de decirlo todo? Idos, pues, del medio de la sociedad, y retiraos al fondo más enmarañado de las selvas silvestres en dónde ejerzais esta libertad, pues que no teneis derecho de ofender la de los demás. Y ¿qué tendrán que responder á estas verdades? Ved aquí, hermanos carísimos, aquellas cisternas de que habla el Profeta que no pueden contener sus aguas: *Foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quæ continere non valent aquas* (JER. II, 13).

¿Con qué nombre los distinguiremos? Aquí vacilo, hermanos míos; vacilo si; pero, sin embargo, no puedo impedir de servirme de las páginas sagradas. Juan Bautista y Jesucristo no se detienen: *Progenies viperarum* (MATTH. XXIII, 27). *Similes sepulchris vealbatis* (Id. XII, 24): «Raza de víboras; sepulcros blanqueados,» decian en su tiempo á los fariseos, de quienes los crímenes jamás igualaron á los de los autores de la prensa impía y licenciosa; á los cuales tambien aplicaré aquellas palabras del apóstol san Judas: *Nubes sine aqua*: «nubes sin agua cargadas de terremotos y tempestades;» *fluctus feri mari*: «mar alborotada y de naufragios;» *sidera errantia*: «astros errantes» que alucinan á quien los consulta. Pero hay un nombre que yo recomiendo: *arbores bis mortuae eradicatæ*: «árboles ya arrancados por la palabra de Dios, dos veces muertos, á la verdad y á la virtud.» ¿Qué juzgais vosotros de ellos? Vuestro es el derecho de pronunciar la sentencia; ¿quereis dar la de san Judas, quereis decir vosotros: *Quibus procella tenerarum servata est in æternum* (JER. XXII, 23). «Que para siempre sean sumergidos en el abismo de tinieblas y de infelicidades?» No; no es esta la senten-

cia que pronunciareis, sinó que vivan para reparar los males que han ocasionado hasta el presente, y que vivan para que se retracten de todos los errores que han sugerido, y pidan perdon á Dios, al cielo y á las criaturas; no obstante que jamás sabrán hasta que punto ha subido su crimen detestable, ni la perniciosa influencia sobre un pueblo inocente, aunque con inclinaciones reprehensibles. ¡Ah, hermanos! ¿habeis bajado al abismo de desgracias en donde están y se encuentran estos perversos de quienes os he hablado ya otras veces? ¿Y los habeis preguntado cuál es la causa que les ha conducido al error y al crimen? Pues bien; yo lo he hecho. Si; he interpelado á muchos de estos infelices, y casi todos han señalado por causa de su mal un libro impio que los ha seducido. Así, pues, no dudamos decir que los autores de la prensa impía y licenciosa han abierto al pueblo las mazmorras de la corrupcion.

Puede ser no sea posible pasar más adelante sobre la triste tendencia que sigue el pueblo tras de sus corruptores. Me comprendereis. Llamando un dia el Señor al profeta Ezequiel, le dijo: «Oye y mira, y tu verás terribles abominaciones.» *Fove parietem et videbis abominaciones magnas*. «Mira el profeta, y ve los blasfemadores en el lugar santo. Mira todavia; y verás mayores abominaciones: «*Videbis abominaciones majores*. Mira el profeta, y ve los que hacen desprecio y se burlan del santuario y del altar. «Mira aún, le dice el Señor, y verás abominaciones más grandes:» *Et videbis abominaciones pessimas*. «He mirado, responde Ezequiel, y he visto mujeres enternecidas por las desgracias de los héroes fantásticos:» *Et ecce mulieres plangentis Adomitem* (EZEQ. VIII, 6, 8). El Señor se calla. «Hé ahí, dice, la abominacion de la desolacion y el colmo de la desgracia de Judas.» ¿No es este, hermanos míos, el grado de infelicidad á que hemos llegado? ¿Y qué vemos nosotros mismos en nuestra época? La imaginacion extraviada, y el corazon floco de fuerzas por la lectura de estos libros. El mayor de los males consiste en que se desvia del camino recto, y abandona su alma, su inteligencia y su corazon á las ilusiones y desarreglo de estos hombres sin fe ni principios, y sometidos á la fantástica inclinacion de los sentidos y de la sofisteria.

2. ¿Qué remedio se aplicará para cicatrizar la profunda llaga que se ha abierto? Podemos aplicar el remedio y ser curados con el poder que da la religion, la rectitud de la inteligencia, una voluntad firme y por la autoridad de la familia católica.

¿Por la rectitud de la inteligencia? Justamente, el objeto de tales libros es de alucinar á los que los leen. Para los autores sofistas la

vida no es sinó una esfera de imaginación y sentimientos exaltados, y así desconocen el continuo combate de lucha que hay en el mundo. Cuando á pesar suyo se ven rodeados por las circunstancias de una vida positiva en la que se halla lo que es, pero no lo que se imaginan y quisieran, se entristecen y andan cavilosos; no hallando inteligencias como ellos mismos apetecen, desaparecen desconsolados, al ver que han recibido del cielo un alma que no se presta al solisma. Si el entendimiento da en lo falso y el corazón se desvirtua, no son capaces de aguantar, y mucho menos de buscar aquel nutritivo sério y sólido que se halla en la doctrina de la verdad.

Paso ahora á la autoridad de la familia; y como siempre, hermanos míos, permitidme que sea claro y sencillo en este momento. El más cruel enemigo de una familia son los malos libros. El primor y armonía en una familia consiste en el afecto y relación íntimas que recíprocamente se mantiene entre los padres y los hijos. El amor y cariño paternal se comunica á los hijos, que sin obstáculo y dificultad responden con igual afecto, acompañado del respeto verdaderamente filial; mas, si por desgracia un mal libro se admite ó recibe, en el momento se conocerán sus efectos, y oiremos la pobre madre quejarse de que su hijo ya no la tiene cariño. ¡Ah! pobre madre que se engaña, pues aún conserva la ternura filial en su corazón. Decís que no tiene más sentimiento: es verdad, hay en él un tesoro de sentimiento, pero no es para vosotros. ¿Por qué? Por que le ha fijado en séres, pinturas y caracteres imaginarios. No os ama porque se lo estorba el libro que tiene y lee á escondidas. Por esto decía una jóven hace poco tiempo: he abandonado estas lecturas, porque á medida que las leía, yo misma conocí no tenía tanto amor á mis padres. Hubo otro jóven que rodeado de sus padres y de todos los suyos que á porfía se esmeraban en darle pruebas de ternura, aunque de diez y siete años de edad, se mantuvo frío como el mármol, sin dar muestra de la menor sensación; de cuya escena fui yo testigo. Le dije: al menos decid alguna palabra tierna que pueda consolar á vuestra madre, que la está esperando. Nada: no contesta ni una sola palabra. Mira, vuelve las espaldas, y se sale del aposento sin proferir un suspiro que pudiera llegar al corazón de una madre. Quise seguirle é informarme de este jóven tan original. En efecto, á poco tiempo le halló apoyado contra un árbol con un romance ilustrado en la mano, y que enternecido y lloroso leía una página mojada de sus lágrimas. ¡Cómo! insensato, le dije: hé aquí pues, la causa de la frialdad que tiene helado vuestro corazón. ¡Cómo! el tesoro con que Dios ha adornado vuestra alma, el amor con que él mismo se

ha dado para vos y para vuestros padres y familia, ¿lo sacrificáis á la nada, á las bagatelas, sueños y desvarios, que como viento se pasean sin poder fijarse? Y separándose de mí sin responder, continuó su lectura. Si; la autoridad de la familia es impotente contra la propagación de los malos libros. Pero ¿qué responsabilidad para vosotros, padres de familia, si voluntariamente permitis libros semejantes en las manos de vuestros hijos; si los invitáis á que os los lean en vuestras diarias y largas veladas! ¡Ah! nada añadido, sinó que así, como he dicho, la autoridad paternal es impotente. Nos queda, pues, el poder de la religión.

Pero, hermanos míos, ¿qué cosa son nuestros cánticos solemnes y divinos comparados con esos cánticos voluptuosos y disolutos por los cuales tanto se apasionan? Una sola palabra de un sacerdote cantada en el templo del Señor bastaría para mover los corazones con dulzura; pero no, hoy es necesario otra cosa. Y qué, ¿el poder de la religión! ¿A dónde se va á buscar su estudio? No sucede, como hace algun tiempo, buscarle en los libros sérios, llenos de verdades cristianas y sana doctrina. Se buscan, sí, libros religiosos, pero superficiales, que se acomodan á la ligereza del carácter y gusto, y á la flaqueza del corazón humano. Preguntad á los encargados de las bibliotecas parroquiales que libros les piden, y cuáles son los que más circulan; y os dirán que los de menor utilidad, los menos sérios y los más vagos. Cuando se les quiere dar alguno que interese, responden: se lo agradezco, es muy sério y demasiado; y esto se repite con mucha frecuencia desgraciadamente. Estos, hermanos, lo que más caracteriza el grave mal de nuestra época.

¿Cuál podrá ser su remedio? Quisiera explicar mi opinión, pero me haría muy difuso para esta tarde. El remedio, y no hay otro, un apostolado. Conventrá que en presencia de Dios tomeis la firme resolución de restablecer la prensa en su verdadera misión, y como nosotros, haceros propagadores de los buenos y sanos libros. Ante todo desterrad del medio de vosotros la iniquidad. Si teneis algun libro pestilencial, arrojadlo al fuego. Esperamos que si á alguno le falta esta resolución, tomará algun día un buen libro, y en él hallará el gérmen de la gracia que santifica, la conversion y la salud de su alma.

PREPARACION PARA LA MUERTE; véase: MUERTE.

PRESENCIA DE DIOS; véase: DIOS.

PRESUNCION DE SALVARSE

SIN MÉRITOS.

Venit hora, ut omnia qui interfecerit vos arbitretur obsequium se prastore Deo.

Veudrá tiempo en que cualquiera que os mate pensara que hace un servicio á Dios.

[JOH. IX. XVI, V. 2.]

¿Quién hubiera creído, hermanos míos, que á tal punto pudiese llegar la perversidad de los hombres? ¿Oprimir á los inocentes, derramar la sangre de los justos, perseguir á los apóstoles, martirizar á los santos, y con la más infuca presuncion considerar como otros tantos actos de obsequio y veneracion para con Dios, las ignominias, los insultos y ultrajes cometidos en la persona de sus más fieles servidores é íntimos amigos! Observad á Saulo: no solo contemplabá sereno el martirio de Estéban, sinó que guardabá solícito los vestidos de los verdugos, para que éstos pudieran lanzar las piedras con más holguera y furia mayor: de manera, que lapidaba al protomártir con las manos de todos sus perseguidores, ayudándoles en su bárbara tarea. Y sin embargo, con este exceso de crueldad, creia honrar á Dios y salir á la defensa de su santa ley. Así tambien los príncipes de los sacerdotes y las turbas del pueblo hebreo conspiraban contra los apóstoles, los cargaban de cadenas, los encerraban en oscuras prisiones y les hacian morir en afrentosos patibulos, persuadiéndose que cuanto más aborrecían y perseguian á los discípulos del Nazareno, más fieles y agradecidos se mostraban á Dios.

Pero, por pérdida y detestable que fuera la conducta de esos malvados, todavía no lo fué tanto, con dolor lo digo, como lo es la de muchos cristianos. Con efecto, los judíos estaban en la persuasion de que servian y glorificaban á Dios, porque cegados por su malicia, se figuraban que persiguiendo á la nueva Iglesia, extirparian una falsa secta que intentaba sembrar el error, el sacrilegio y la idolatría por todo el universo; y así, tomando el odio por celo, eran crueles cuando pensaban ser santos. Empero los cristianos, que saben que obran mal,

ó conocen á lo ménos que no hacen cosa que sea del agrado de Dios, y á pesar de esto, confian alcanzar la gloria eterna, no sé, en verdad, como podrán excusar su temeraria y criminal confianza. Oídme, hermanos míos, con atencion, y os convencereis de que el que confia salvarse sin méritos ofende gravemente á Dios y labra su eterna condenacion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Algunos herejes, mal avenidos con la pureza y santidad de la doctrina católica, y ansiosos de romper el dique que ésta opone á los impulsos de la concupiscencia y á la corriente de las malas pasiones; sentaron por principio que los hombres, para ser justos, no necesitan sino creer firmemente que la divina misericordia les ha perdonado sus pecados, y que la fé por sí sola basta para alcanzar la gloria, habiendo el Redentor con su pasion y muerte satisfecho por los pecados de todos los hombres, y abierto de par en par á todos los fieles las cerradas puertas del reino de Dios. Segun este principio, los cristianos, con tal que tengan verdadera fé, pueden dispensarse de observar los divinos mandamientos y vivir y obrar á su antojo sin temor de castigo alguno. Contra tan execrable blasfemia claman con voz clarísima en mil diversos lugares las sagradas Escrituras. El apóstol Santiago nos dice, que la fé, si no va acompañada de obras buenas, es una fé muerta é inútil: *Fides sine operibus mortua est* (JAC. II, 26); y S. Pedro añade, que las buenas obras son las que han de decidir el gran negocio de nuestra salvacion: *Solagite ut per bona opera certum vestram vocationem, et electionem faciatis* (II PETR. III, 10). Por otra parte, el grande Apóstol, que ya en otro lugar habia declarado que sin la caridad, último fin de los divinos preceptos, y con la cual servimos á Dios y auxiliamos al prójimo, de nada aprovecha la fe, aunque sea tan grande que alcance á hacer milagros y á mudar de sitio las montañas; nos recomienda igualmente la práctica frecuente de obras buenas: *Abundantes in opere Domini semper* (I COR. XV, 58); y en el Evangelio mismo se nos dice, que Dios dará á cada uno el premio ó el castigo, segun sus obras: *Reddet unicuique secundum opera ejus* (MATTH. XVI, 27). Por último la santa Iglesia, en el Concilio de Trento, define que la divina gracia se conserva y aumenta con las buenas obras, y condena á los que niegan que éstas sean merecedoras de eterno premio cuando van acompañadas de la perseverancia.

San Agustín se admira de que haya no pocos cristianos tan temerarios, que pequen desenfrenadamente y esperan ser perdonados sin hacer obras de penitencia, creyendo que una vez han sido admitidos

en el gremio de la Iglesia no pueden condenarse; sin reflexionar que Jesucristo, verdad infalible y eterna, nos dice en el Evangelio, que entre los llamados serán muy pocos los escogidos: *Quendam sibi vicentiam acquirunt peccandi, et sine penitencia expectant veniam, quia credunt, quoniam christiani sunt, non posse damnare... non verentes multos esse vocatos, sed paucos electos* (AUCT. LIB. DE VERA ET FALSA PENIT. CAP. VI, INTER OPERA D. AUG. T. 4). David nos exhorta á tener confianza en Dios, y á esperar en su misericordia infinita; pero al mismo tiempo nos excita á practicar obras buenas: *Spera in Domino, et fac bonitatem* (PSALM. XXXVI, 5), pues, el eterno descanso solo está reservado para aquellos que en la presente vida se afanan en resistir al enemigo y en servir fielmente á Dios.

Pues qué! ¿por ventura Dios para ser feliz necesita llenar los ámbitos del paraíso de pecadores y perezosos? ¿ó se le seguirá algun daño ó perjuicio de que una gran multitud de malvados corran desenfrenados á un abismo de perdición? No, por cierto. El Altísimo goza en sí mismo esencialmente de la más perfecta felicidad; y por lo que toca á lo exterior, reporta honra y gloria, así de la santidad de los buenos, como de la perversidad de los malos; pues si en el cielo brilla su infinita misericordia en la recompensa de los justos, triunfa en el infierno su justicia con el castigo de los pecadores; y por esto nos dice en las Escrituras, que se reirá y se mofará cuando los réprobos, por no haber querido oír las amorosas amonestaciones de su clemencia, serán condenados por toda la eternidad: *In interitú vestro ridebo et subsannabo* (PROV. I, 26). Dios no ha querido que sepamos el día y la hora de nuestra muerte, para que con la esperanza de alcanzar el perdón no aumentemos el cúmulo de nuestros pecados; y los enfermos y los muertos de quienes hablan los evangelistas fueron curados ó resucitados una sola vez por el Salvador, para que temiéramos incurrir de nuevo en el pecado después de habernos reconciliado con Dios.

Todos cuantos profesamos la doctrina del Evangelio, somos otros tantos negociantes destinados á ganar la felicidad eterna con la perfecta observancia de los mandamientos divinos. Por otra parte, es indudable que, como dice el Apóstol, en el divino tribunal cada uno recibirá el premio á proporcion de lo que se haya afanado en servir á Dios: *Unusquisque propter mercedem accipiet secundum suum laborem* (I COR. III, 8). Por tanto, el que vive ocioso, y mucho más el que vive inicuamente, y no procura acumular por medio de las buenas obras un gran caudal de méritos, en vano presume alcanzar el premio de manos de la divina misericordia.

2. El Espíritu Santo, por boca de Job, nos recuerda que el hombre nace para trabajar: *Homo nascitur ad laborem* (JOB. V, 7). Y esto es tan cierto, como que hasta el mismo Adán, en el estado de inocencia debía trabajar, habiéndole puesto Dios en el Paraíso para que lo labrase; *ut operaretur illum* (GEN. XI, 15); aunque su trabajo debía servir, no para fatigarle y alligarle, sino para fortalecerle y excitarle á prestar el debido tributo de amor y alabanza á su benéfico Criador. De aquí es, que el que no emplea todas sus fuerzas en servir á Dios, en vez de merecer la recompensa de los justos, atrae sobre sí la eterna maldición, á semejanza de aquel siervo, que por haber tenido ocioso y sin empleo el talento que su Señor le había dado, fué reprendido severamente y condenado á las tinieblas.

Las acciones humanas son, según en expresión del Apóstol, las semillas de aquellos frutos que debemos recoger en la otra vida: *Quae seminaverit homo, haec et metet* (PAL. VI, 8); ¡Y cuán triste cosecha harán, ay de mí, aquellos temerarios que tienen la loca presunción de salvarse sin méritos! Decid, hombres insensatos; la crápula, el juego, las blasfemias, la murmuración, los amores ilícitos, las palabras obscenas; el odio, la venganza, el engaño, la seducción, la profanación de las fiestas; la desobediencia á la Iglesia, el desprecio de los sacerdotes, los escándalos, la mala educación de los hijos, la aversión á la palabra de Dios, la negligencia en bien obrar, ¿serán semillas capaces de dar frutos de vida eterna. ó serán más bien zarzas y abrojos propios para atizar el fuego en que arden los condenados? Tened entendido que, el que en vida siembra vicios, obscenidades é impurezas, en la hora de la muerte solo recoge podredumbre y corrupción, pues, según dice el mismo Apóstol, los frutos del reino de Dios solo los coge el que, como verdadero discípulo de Jesucristo, siembra acciones santas y virtuosas: *Qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem: qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam aeternam* (GAL. VI, 8).

Desengañémonos: si nos deleita la grandeza, el esplendor y la preciosidad del premio de los justos, es menester que no nos repugne ni aminorize el trabajo de servir á Dios, pues sabemos por las santas Escrituras, que para alcanzar la corona de la justicia es necesario pelear con valor y fidelidad. Del contrario, vivir mal, y pensar que se ha de morir santamente; ofender á Dios, y alimentar la esperanza de alcanzar la gloria, es una esperanza infiel y digna de eterna maldición.

Al considerar la necia preocupación de los que viviendo pésimamente y amontonando pecado sobre pecado, tienen, sin embargo, la

neicia presuncion de salvarse; me parece que veo unos viajeros que caminando, por ejemplo, de Milán hácia París, dicen que van directamente á Roma. Locos serian en verdad los que así pensáran. pues claro está, que cuanto más se acerca uno á los países del Norte, más se aparta de los de Mediodía. No obstante, esto es precisamente lo que sucede en nuestro caso. Las malas obras, como la fé y la razon nos lo enseñan, conducen directamente al infierno, que está en el más profundo centro del universo: de consiguiente ¿cómo ha de ser posible que obrando mal pueda llegar al Paraiso, estando, como está, muy por encima de la tierra, de los astros y de todos los cielos? Para que no incurramos en tan craso y funesto error, nos dice el Apóstol en el capítulo sexto de su primera Epístola á los Corintios, que ni los que se revuelven en el fango de los placeres sensuales, ni los que se entregan á la embriaguez y á la crápula, ni los que vulneran con la maledicencia la honra del prójimo, ni los que se apoderan injustamente de los bienes ajenos, ni los que dejan de prestar el debido culto al Altísimo, y, para decirlo de una vez, ninguno de los inenos, llegará á poseer el reino de Dios. Ni cómo han de llegar á la excelssitud del Paraiso los que, siguiendo la corriente de los vicios y de las malas pasiones, corren á precipitarse en los abismos del infierno?

La presuncion de salvarse sin méritos se cuenta en el número de los pecados que se oponen directamente al Espíritu Santo. Y sabeis por qué? Porque la creencia de que Dios nos ha de premiar sin que hagamos cosa alguna por su amor, es un pecado de suma y notoria malicia y enteramente contrario á la bondad eterna. En Dios, la misericordia y la justicia son inseparables, de manera, que no puede ser misericordioso sin ser justo, ni justo sin ser misericordioso. De donde se infiere, que cuando el hombre, movido de una temeraria presuncion, abusa de la divina misericordia, corre necesariamente al infierno, por cuanto Dios, como infinitamente justo, no puede ménos de castigarle.

Despojados, pues, de toda temeraria presuncion, y llenos del santo temor de Dios, dediquémonos con ardor á la práctica de las buenas obras. Observemos fielmente los divinos mandamientos, oremos con fervor, frecuentemos los sacramentos, oigamos la palabra de Dios, seamos caritativos para con el prójimo, aborrezcamos el pecado, y entónces podremos confiar en la divina bondad y esperar firmemente el logro de nuestra salvacion; porque, como dice el Apóstol, no es posible que Dios, en su justicia, olvide nuestras buenas obras, ni deje de recompensarnos por ellas: *Non enim injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri* (HEBR. VI, 10). Pero, al mismo tiempo, temblemos

ante esa misma justicia de Dios, que humilla y confunde á aquellos orgullosos que, no haciendo ninguna obra buena, ú obrando quizá pésimamente, tienen sin embargo la neicia presuncion de salvarse: *Præsumentes de se, et de sua virtute gloriantes, humilias* (JURTH. VI, 15). La gloria eterna es un gran bien, es el premio que Dios nos tiene prometido y que Jesuercisto nos ha comprado con su sangre; pero en vano esperamos alcanzarlo, sinó procuramos merecerlo con nuestras buenas obras.

PROBIDAD; véase: HOMBRE DE BIEN;—HONRADEZ.

PROCESIONES.

Turba que procedebant, et qua seguabantur, clamabant, dicentes: Hosanna filio David.

Y las gentes que iban delante, y las que iban detras, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David.

(MATTH. XXI, 9.)

Dignas serian, por cierto, de eterna alabanza las turbas de Jerusalem, que al dirigirse Jesuercisto á esta ciudad, lo recibieron con las demostraciones más honoríficas y festivas que pudieran hacerse á un monarca ó á un general victorioso, tendiendo por el camino sus vestidos, llevando ramos en las manos y prorumpiendo en aclamaciones de alegría y regocijo; si no supiéramos por el relato de los cuatro evangelistas, que á los pocos días, trocado en menosprecio el respeto, en escarnio el acatamiento, en ira y saña el amor, gritaron frenéticamente pidiendo la muerte de aquel mismo Redentor, á quién poco ántes aclamaban como Hijo de David, como enviado del cielo, y como verdadero Mesias.

No me detendré ahora á ponderar la abominable ingratitud del pueblo hebreo, de quien se muestran fieles imitadores aquellos desagradecidos cristianos, que despues de haber abrazado la fe de Jesuercisto, y reconocido por su Dios, muy lejos de observar su santa

ley, y de vivir según las máximas de su doctrina, reniegan de él con su depravada conducta, y añadiendo pecado sobre pecado, lo crucifican de nuevo bárbaramente, como decía el Apóstol. Mas poniendo mi consideración en el venerable rito de la santa Iglesia, que representándonos hoy día la entrada triunfante del Verbo encarnado en Jerusalem, lleva en triunfo las palmas y los ramos santificados; os hablaré de las sagradas procesiones del cristianismo, manifestándoos por qué razón se instituyeron, y cómo debemos asistir á ellas para sacar de su asistencia el fruto que se propone la santa Iglesia. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. El cardenal Lambertini, que ascendido después por la misericordia de Dios al supremo gobierno del cristianismo, tomó el nombre de Benedicto XIV, prueba con varios y auténticos documentos, que las sagradas procesiones estuvieron en uso en la Iglesia católica desde sus primeros tiempos; y el Ritual romano, confirmando asimismo su remota antigüedad, nos recuerda que fueron instituidas para excitar la piedad de los fieles, para conservar la memoria de los beneficios de Dios, y darle gracias por sus favores ó para implorar sus divinos auxilios: *Vel ad excitandam fidelium pietatem, vel ad commemoranda ei beneficia, eique gratias agendas, vel ad divinum auxilium implorandum* (Tit. de PROCESSIONIBUS).

De ellas unas son constantes y ordinarias, es decir, que se celebran en determinados días del año, como la de las velas en el día de la Purificación de la Virgen María, la de las palmas en el domingo de Ramos, la de las letanias en la fiesta de san Marcos y en el triduo de las rogativas, y la del santísimo Sacramento en el jueves y viernes santo, en el día y octava del Corpus Domini. Otras son extraordinarias, y se hacen cuando se lleva el santísimo Viático á los enfermos; cuando se trasladan las imágenes ó las reliquias de Jesucristo, de la Virgen María ó de los Santos; cuando se llevan los muertos á la sepultura; y por último, cuando se dan gracias á Dios por algun particular favor ó se implora su auxilio en casos de guerra, hambre, peste ó otra pública calamidad.

Tampoco faltan ejemplos de procesiones ordenadas por Dios durante el antiguo Testamento, como la partida de Abraham y toda su familia de Caldea, el viaje de los israelitas desde Egipto á la Tierra de promisión, y las frecuentes y solemnes traslaciones del Arca y del Tabernáculo. Además, el apóstol san Juan, en el Apocalipsis, nos dice haber visto en el cielo solemnisimas procesiones formadas, unas de todos los órdenes de bienaventurados, que cubiertos de blancas vesti-

duradas y llevando palmas triunfales en las manos, cantaban himnos de alabanza al Altísimo: y otras de una gran multitud de vírgenes que, al son de armoniosas cítaras, seguían al ángel de Dios, entonando alegres y triunfales cánticos.

2. Según el instituto de la santa Iglesia, en las sagradas procesiones ha de llevarse siempre delante la cruz, los seglares deben ir separados del clero, y con mucha más razón los hombres de las mujeres. Los que las acompañan han de caminar de dos en dos, con modestia, gravedad y devoción; de manera que absteniéndose de reír, de hablar, de mirar á uno y otro lado con curiosidad, y de toda otra descompostura, convienen al pueblo á tomar parte en aquellas sagradas funciones, y muestren creer con viva fe los divinos misterios que representan las procesiones eclesiásticas, ó esperar con firme esperanza lo que piden al Señor.

Serian muy largas de referir las señaladísimas gracias que se han alcanzado de Dios por medio de las devotas procesiones públicas. Baste recordar que la ciudad de Bolonia se libró de la peste á favor de una procesion; y que muchísimas otras ciudades celebran procesiones votivas instituidas á imitación de la que celebró S. Carlos Borromeo, cuando para librar á la ciudad de Milan de aquel terrible azote, llevó procesionalmente la cruz con los piés descalzos y una soga al cuello, implorando la misericordia de Dios en favor de su grey.

Precede siempre la cruz en las sagradas procesiones para denotar que somos discípulos de Jesucristo, y que siguiendo sus huellas, esperamos firmemente llegar al reino de Dios. Este rito se observa constantemente, por depender de la vigilancia de los párrocos y sacerdotes, quienes, fieles guardadores de los preceptos de la Iglesia, llevan delante el signo de nuestra redención al modo que los capitanes levantan las enseñas militares, detrás de las cuales marchan ordenadas sus tropas. ¡Ojalá se observaran con igual puntualidad las otras reglas, cuya observancia depende del pueblo, como son el andar de dos en dos, el no mezclarse las mujeres con los hombres, y el observar mientras pasan las procesiones, el silencio, la gravedad y la compostura convenientes!

La costumbre de andar de en dos no es caprichosa ni arbitraria, pues fué imitada de Jesucristo, que, como dice S. Lucas, enviaba delante en esta forma á sus discípulos adonde quiera que se proponía ir: *Misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem, et locum quo erat ipse venturus* (Luc. x. 1); la Iglesia conserva muy sabiamente esta costumbre para fomentar la fraternal union entre los fieles. Parece, pues, que todos deberían respetarla y observarla. Mas

quién no ve y no deplora juntamente la confusión que reina en muchas procesiones, en que á pesar de los ruegos y advertencias de los que tienen el encargo de ordenarlas, se ponen en lugar y disposición distintos de los que les corresponden?

Pero no son estos los únicos ni los peores abusos que se cometen en las procesiones. No hay palabras bastantes para condenar la sacrilega irreverencia, la voluntaria distracción, la charla continua, y los ademanes descompuestos de muchos asistentes, que con su escandalosa actitud muestran bien á las claras que asisten á esas santas funciones más por costumbre, vanidad ó capricho, que para meditar los divinos misterios que en ellas se nos representan, para obsequiar al Señor y á los Santos, ó implorar la misericordia y aplacar la justa cólera de Dios; sin reflexionar que en tiempo de David, mientras se llevaba procesionalmente el Arca del testamento, Oza, por un solo acto de irreverencia, fué castigado muriendo repentinamente al pie de la misma Arca.

Cuando se lleva el santísimo Sacramento á los enfermos, á tal punto llega la negligencia de los fieles, que por más que se toque la campana, apenas se encuentra quien se ofrezca á llevar las luces y demás sagrados utensilios necesarios al objeto. ¡Singular y monstruosa extravagancia! Cuando pasa un charlatan ó un farsante, acudis todos presurosos á presenciar sus locuras; mas tratándose de acompañar al Dios del universo, que se digna visitar á los pobres enfermos para consolarles con su divina presencia, alimentarles con su cuerpo y sangre preciosísimos, y darles fuerza para emprender el terrible viaje del tiempo á la eternidad, os excusais de hacerlo, pretextando vuestras ocupaciones, la distancia de la casa del enfermo y otras razones igualmente especiosas. Pues yo temo mucho, y quizás no me engaño, que muchos cristianos mueren sin tener la dicha de recibir los santísimos Sacramentos, en justo castigo de la negligencia que mostraron dejando de acompañar al angustísimo Viático cuando se llevaba á los demás enfermos.

Dos ó más clases de procesiones hay que, por lo común, suelen llevar muy poco acompañamiento, y son las de las Rogativas y las que se disponen para el entierro de los difuntos. Confieso en verdad, que no he podido nunca llegar á comprender la causa del escaso ó ningún concurso de fieles que se nota en las procesiones de S. Marcos y del triduo que precede á la fiesta de la Ascension. Se cantan las letanias, en las cuales después de haber implorado la misericordia de las tres personas de la santísima Trinidad, se invoca á la gran Madre de Dios, á los Angeles del paraíso y á todos los coros de los Santos para

que intercedan con Dios por nosotros. Se pide al Altísimo que nos libre de toda suerte de males y desgracias, en particular del pecado y de sus funestas consecuencias, de la muerte repentina, de las tentaciones del demonio, de los rayos y tempestades. Se ruega por la tranquilidad de la Iglesia, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, la perseverancia en el servicio de Dios, y porque abunden los frutos de la tierra en proporcion á nuestras necesidades. Se bendicen los campos, y después de la procesion se celebra el santo sacrificio de la Misa. Por tanto, los que dejan de asistir á estas procesiones han de confesar una de dos, ó que no piensan necesitar para nada los auxilios de Dios, ó que no creen que los cultos y oraciones de la Iglesia sean suficientes para alcanzarlos.

En cuanto á las procesiones de entierro, el Espíritu Santo dice, que mejor es ir á la casa del luto, que á la casa del festivo: *Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii* (ECCLES. VII. 5); pues en aquella, añade, se recuerda el paradero de todos los hombres, y el que vive considera lo que le ha de suceder: *In illa enim finis cunctorum admo netur hominum, et vivens cogitat quod futurum sit* (ECCLES. VII. 5). Los sumos Pontífices han concedido numerosas indulgencias á las congregaciones del Santísimo Sacramento, del Rosario y del Cármen, para excitar á los fieles á tomar parte en una obra tan excelente de caridad; mas á pesar de esto, vemos con dolor que cuando todos acuden á la Iglesia para contemplar la pompa y aparato exterior de los funerales, las más veces anda la cruz acompañada tan solo del sacerdote y los ministros que llevan las luces y el agua bendita, siendo muy raros los que siguen el féretro rogando á Dios por el alma del difunto, mientras los sacerdotes rezan las oraciones.

Preciso es confesar que los hebreos eran más diligentes que los cristianos de nuestros tiempos en el ejercicio de esta obra de piedad, pues leemos en el Evangelio, que cuando Jesucristo resucitó al hijo único de la viuda de Naim, acompañábase á la sepultura una gran multitud de gente: *Turba civitatis multa cum illa* (LUC. VII. 12). Y la misma Sagrada Escritura nos dice que cuando murió Samuel, el pueblo todo de Israel se reunió para llorarlo y darle sepultura: *Congregatus est universus Israel, et planxerunt eum, et sepelierunt* (I REE. XXV. 1). Pero ¿qué digo los hebreos? Los mismos bárbaros del Africa, de la China y del Japon, pueden echarnos en cara nuestra negligencia en este punto, si como refieren los viajeros, concurren á millares á los funerales, acompañando con oraciones y ceremonias, aunque vanas, sus difuntos á la última morada.

Procurad, pues, amados hermanos, asistir á las sagradas procesiones, de las cuales, como nos lo asegura la Iglesia, podemos reportar muchas y saludables gracias, si las acompañamos con verdadero espíritu de religion: *Salvatares christiano pietatis fructus eas pié exequentes á Deo consequuntur* (RR. ROM. III SUP). Meditemos con devoción los misterios que representan. Así, al llevar hoy las palmas en las manos, acordémonos de la entrada que hizo Jesucristo en Jerusalem para triunfar con su muerte del pecado y del infierno, y guardémonos de volverle las espaldas, como lo hicieron los malvados judíos, despues de haberlo aclamado por verdadero Hijo de David y Redentor del universo. Cuando veamos ir delante la santa cruz, recordemos que somos discípulos del Hijo de Dios humanado, y que si seguimos sus pasos, llegaremos á gozar eternamente las delicias de su gloria. Imitando los ordenados coros de Angeles y Santos del paraíso, andemos con el orden y la separación, con la gravedad y devoción que nos manda la santa Iglesia, uniendo nuestras oraciones á las suyas, y guardándonos de causar el menor escándalo con nuestra falta de modestia y compostura. Pero, sobre todo, cuando se lleve públicamente el santísimo Sacramento á los enfermos en forma de Viático, ó en las solemnes procesiones instituidas, como declaran los Padres del concilio Tridentino, para triunfo de la verdad contra el infernal monstruo de la herejía, acudamos todos á acompañar con viva fé, con profunda humildad y caridad ardentísima al Verbo eterno revestido de nuestra carne, á cuya presencia tiemblan los Angeles, y los Serafines se cubren el rostro por reverencia; y supliquémosle de todo corazón que no permita que salgamos de este mundo sin ser antes corroborados y fortalecidos con aquel pan celestial y suavísimo, verdadera fuente de todos los bienes, á fin de que, despues de nuestra muerte, podamos ir á contemplar por toda la eternidad el divino semblante de aquel Señor, á quien, bajo el velo de las especies eucarísticas, adoramos ahora y acompañamos en el Sacramento, que, como dice S. Ambrosio, es remedio eficazísimo de todos los males: *Medicina est celeste, et venerabile sacramentum* (LIB. V DE SACRAM. CAP. 4).

DIVISIONES.

PROCESIONES.—La Iglesia nos enseña por la procesiones, que todos nuestros pasos deben encaminarse á Jesucristo.

La Iglesia nos enseña juntándonos en las procesiones, que allí donde está Dios, allí debemos guiarnos los unos á los otros.

La Iglesia nos enseña cantando en las procesiones, que nunca debemos estar más regocijados que cuando nos dirigimos á Dios.

PROCESIONES.—Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas por un motivo de vanidad.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas como se asistiría á una diversion.

Se abusa de las procesiones cuando se asiste á ellas con un espíritu disipado.

PRÓDIGO; véase: HIJO PRÓDIGO.

PROFECÍAS.

Effundam Spiritum meum super omnem carnem: et prophetabunt filii vestri, et filie vestrae.

*Derramaré mi Espíritu divino sobre toda clase de hombres; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas.

(JOEL, II, 28.)

Debiendo hablaros de las profecías, creo conveniente explicar primero, lo que por esta palabra entendemos. La profecía es una predicción, cuyo objeto es el anuncio de las cosas futuras. La declaración hecha en nombre de Dios de las cosas pasadas ó presentes, pero secretas, se llama revelación.

No toda predicción es una profecía; la astronomía predice, y el médico, el físico, el político predice. La profecía es la prevision cierta y la predicción de las cosas futuras cuyo conocimiento no puede adquirirse por las causas naturales. Las profecías son una prueba palpable de la verdad de nuestra santa religion; nada tiene, pues de extraño que los ímptos los hayan atacado con encarnizamiento, hasta negar su posibilidad. Nosotros vamos á defenderlas, y á responder á las objeciones que contra ellas se hacen. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.